

Chilango

revista



Flora
citadina

DESCÁRGALA EN VERSIÓN DIGITAL
Google Play
App Store
0 0238
7 1824351783616
\$47 M. VENTA EXCLUSIVA A MAYORES DE EDAD

Flora citadina: árboles que nos dan identidad

Por: Francisco Arjona | @arbolescdmx
Ilustraciones: Ernesto Villanueva | @erne.vigo.art

L

a historia de la CDMX está ligada a los árboles desde su fundación. Aunque nos parezca una ciudad gris donde nada crece, realmente es más verde de lo que pensamos y mucho menos de lo que esperamos y merecemos. Varios ecosistemas nativos y vegetación de distintas partes del mundo habitan en la capital, desde los bosques de pinos y encinos del surponiente, hasta la vegetación de zonas semiáridas del nororiente, pasando por árboles australianos, sudamericanos, africanos y del sudeste asiático como eucaliptos, jacarandas, casuarinas o patas de vaca que se han convertido en parte de la identidad capitalina.

Las especies de árboles en la ciudad son muy variadas, algunas, como los truenos, resisten muy bien; otras son muy sensibles y no prosperan en las condiciones tan difíciles que tenemos aquí.

Así como las especies, también los retos para que se desarrollen son variables: las malas prácticas en el cuidado, la crisis climática que afecta a las especies que ya estaban adaptadas, y el aumento de plagas como muérdago, barrenadores y hongos que están haciendo estragos en los árboles más icónicos de la ciudad —como fue la muerte masiva de palmeras canarias—.

No podemos contar la historia de la ciudad sin sus árboles, desde la vegetación riparia prehispánica, los frutales que llegaron con la colonización y las especies australianas que arribaron con el Porfiriato, hasta la reciente explosión de especies florales y tropicales, cada árbol tiene su historia y conocerla es una forma distinta de leer la CDMX.



Ahuejote

La Ciudad de México no existiría sin los ahuejotes, así de importantes son, y aun así en la actualidad son árboles que fuera de Xochimilco son poco comunes y conocidos.

Utilizados en la época prehispánica para la construcción de las chinampas, debido a la facilidad con la que se pueden reproducir a través de esquejes y a que crecen habitualmente junto a cuerpos de agua, se convirtieron en los cimientos de México-Tenochtitlán. Las raíces de los ahuejotes al crecer se enredan y sostienen el lodo, la tierra y la materia orgánica con la que se rellenaba las chinampas, lo que evitaba los deslaves y los convirtió en el primer árbol de alineación que existió en las poblaciones asentadas en el lago de Texcoco.

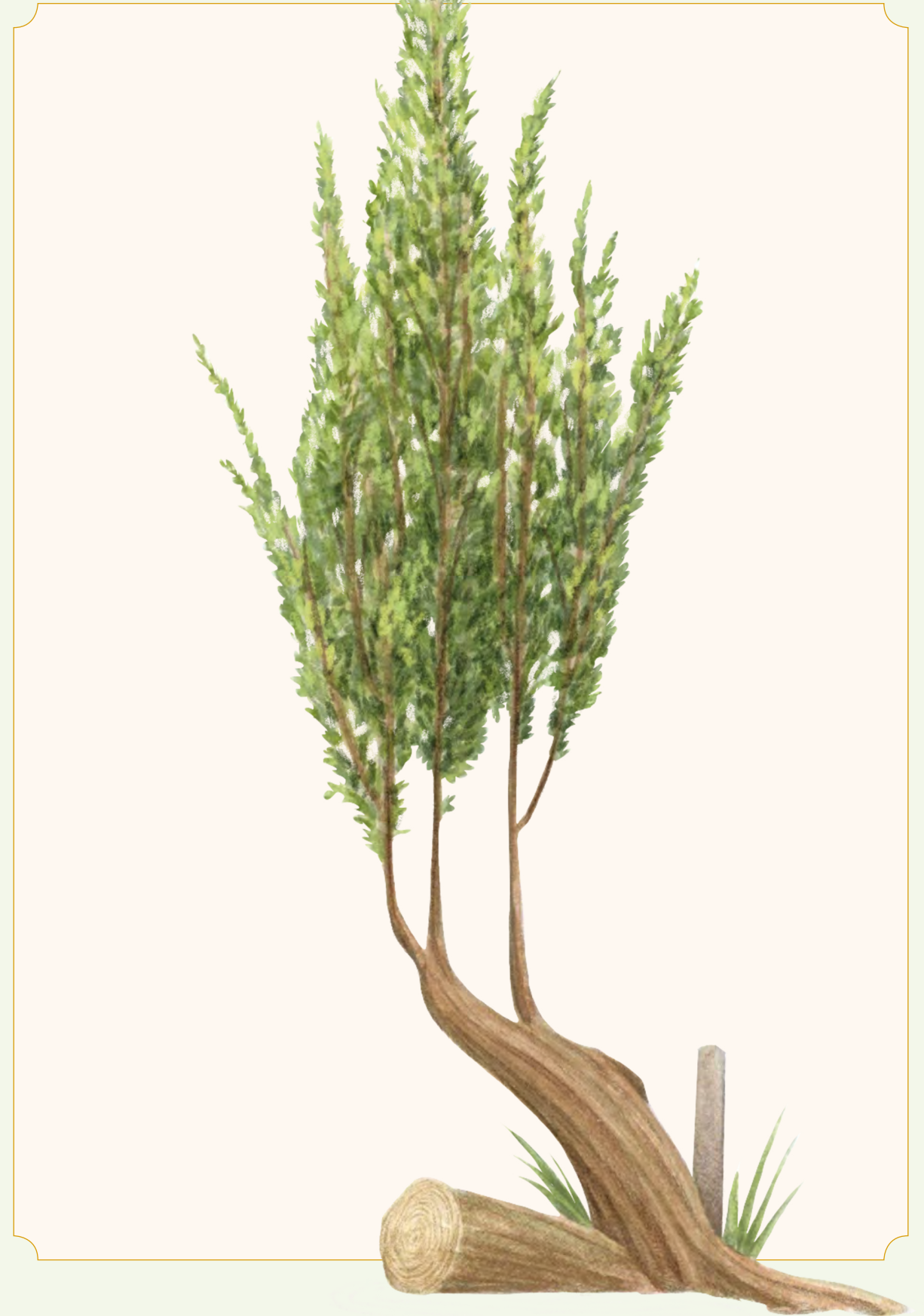
Con la llegada de lxs españolxs y la desecación de los lagos, los ahuejotes fueron poco a poco expulsados de la ciudad, aunque siguieron siendo uno de los árboles más abundantes durante siglos. Pero en el s. XVIII y el XIX, los árboles de moda cambiaron y los ahuejotes comenzaron a ser vistos como ordinarios, no

dignos de estar en los parques y paseos del México independiente.

Con la urbanización del siglo XX y la introducción masiva de especies más llamativas, estos modestos árboles se relegaron a las zonas lacustres de Xochimilco y Tláhuac, donde aún son parte de la identidad y cultura de la zona, así como parte de las razones por las que la UNESCO declaró a Xochimilco Patrimonio de la Humanidad en 1987.

Curiosamente, hay dos tipos de ahuejotes: el característico de Xochimilco de copa estrecha, que ha sido una forma cultivada desde hace siglos; y una versión más silvestre de ramas caídas que recuerda la forma del sauce llorón, del que es pariente. Viven máximo unos 80 años, pueden tener alturas de hasta 15 m y diámetros de 1.5 m, aunque por lo general son más pequeños, sobre todo los de las chinampas, porque suelen ser de esqueje.

Los ahuejotes dejaron de estar dentro del gusto del público por no tener floraciones llamativas y copas muy frondosas, pero sobreviven en las zonas chinamperas como evidencia de la longeva conexión de los árboles con la ciudad.





Jacaranda

Las jacarandas son el árbol que identifica a la ciudad en primavera, y a veces desde antes. Su floración lila, que pinta las calles, atrae a turistas y emociona a locales, con una popularidad que va tan en ascenso como su cantidad de detractores. Detrás de estos árboles hay una historia de colonización e imperialismo reflejado en una estética.

Los árboles de jacaranda a nivel internacional son un símbolo del colonialismo inglés en África y Australia. Fueron llevados por los botánicos imperiales y se convirtieron en parte de los barrios blancos de las ciudades coloniales. Por otra parte, el imperialismo estadounidense obligó a Japón a abrirse al mundo, lo que derivó en la exportación de arte nipón y que los jardines japoneses se pusieran de moda en las casas de la burguesía europea y estadounidense.

Las jacarandas llegaron a México tardíamente en el panorama mundial, fue en las primeras décadas del siglo XX y gracias a Tatsugoro Matsumoto, un jardinero japonés establecido en México. El entonces presidente Pascual Ortiz Rubio pretendía embellecer la ciudad e imitar el paisaje de cerezos creado en Washington, por influencia

nipona, pero esos árboles no prosperarían en nuestras tierras y clima.

Las primeras jacarandas de la ciudad fueron plantadas en la calle de Veracruz, que comparten las colonias Roma y la Condesa, siguiendo la tendencia de ser un árbol utilizado por clases adineradas. Después, su cultivo se extendió a Polanco, Del Valle y Narvarte, donde podemos encontrar ejemplares impresionantes y viejos. Para la segunda mitad del siglo XX, las jacarandas se habían adaptado y convertido en uno de los árboles más representativos de la CDMX.

Estos árboles originarios de Brasil, que alcanzan alturas de 20 m, cuyos troncos miden aproximadamente 1 m de diámetro y pueden vivir hasta 100 años, han seguido cobrando fama. Las redes sociales los hicieron populares a nivel nacional y con esa fama también llegó un *hate* de comentarios relacionados a que es una especie invasora: incluso hay gente que invita a dejar de plantarlas. Toda notoriedad trae consecuencias negativas, pero las jacarandas están tan bien establecidas que seguirán siendo el árbol favorito de lxs chilangxs durante mucho tiempo.

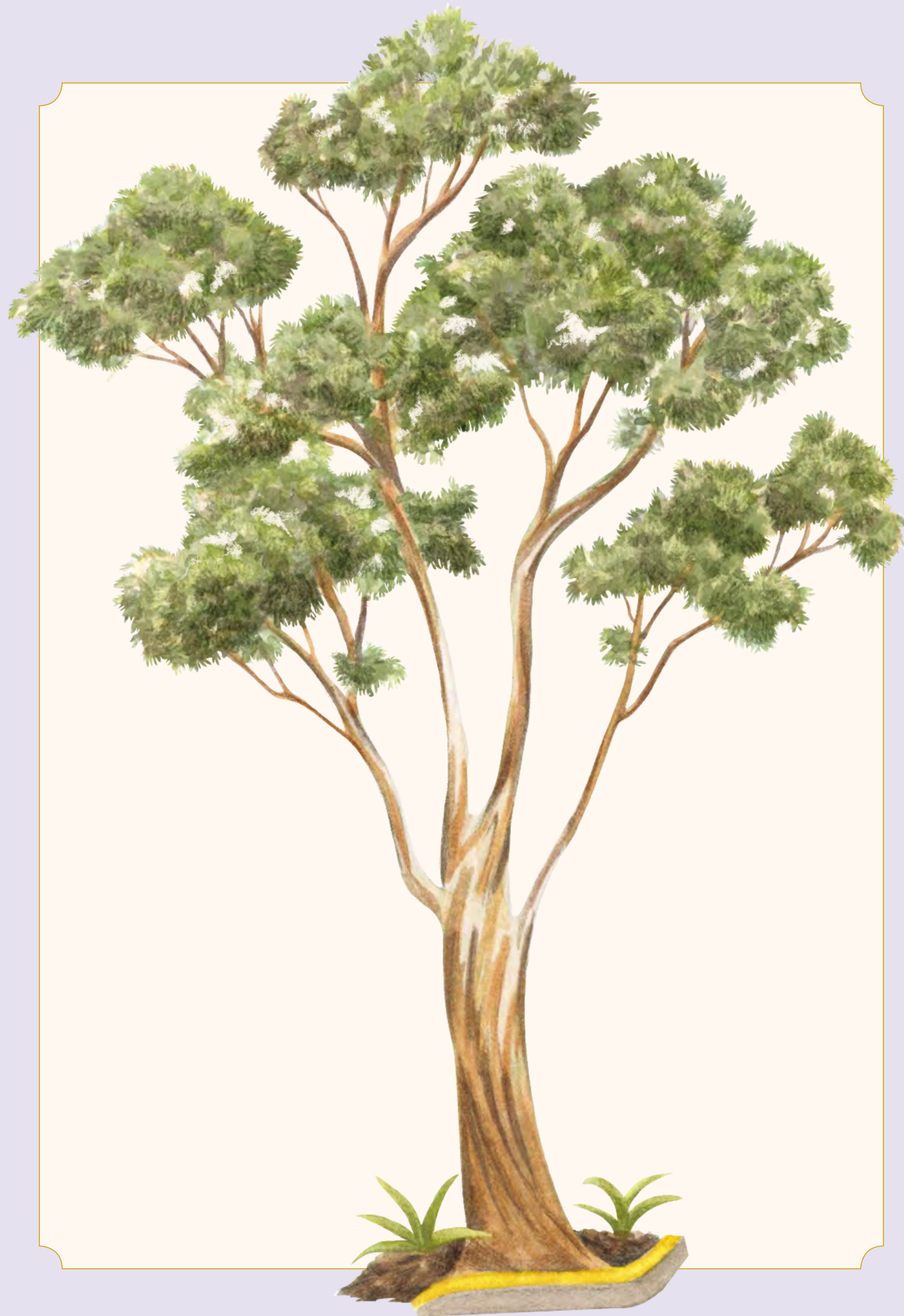
Jacaranda mimosifolia



Longevidad:
hasta 100 años

Altura:
hasta 20 m

Diámetro (tronco): hasta 1 m



Eucalipto

La historia del arbolado chilango

no se puede contar sin los eucaliptos, esos árboles que sobresalen por la ciudad y que uno fácilmente identifica por el olor. Mucho se dice de ellos: que si se caen fácilmente, que si no permiten que nada crezca alrededor, que si consumen mucha agua, que si son invasores... y aunque algo hay de cierto en todo ello, la culpa no es del árbol sino de quien decide plantarlo, y los pobres e inmensos eucaliptos no merecen ser los más odiados de CDMX.

Fueron traídos a México en la segunda mitad del siglo XIX para mejorar las condiciones ambientales y la salud de las personas cuando todavía existían los lagos, no había drenaje público y la ciudad se inundaba. Esto provocaba epidemias de cólera y tifoidea que asolaban a la población, por lo que se propuso la plantación de árboles medicinales siguiendo modas europeas.

Los primeros eucaliptos fueron plantados en el Zócalo y se les llamó "Gigantes" nombre que ya solo sobrevive en zonas rurales, rápidamente se hicieron populares en todo el país, e igual de

pronto nació y se extendió su mala fama. Esto fue en el siglo XX con su uso masivo para reforestar los bosques de la ciudad, como la Sierra de Guadalupe y el Cerro de la Estrella, y sobre todo en el oriente, tras la desecación de los lagos.

Originarios de Australia, en el mundo hay alrededor de 600 especies de eucaliptos, pero en la CDMX tenemos unas ocho, de las cuales dos son las más comunes: el rojo y el azul, que alcanzan alturas de hasta 40 m, anchos de 2 m y pueden llegar a vivir hasta 100 años. Sin embargo, tanto el tamaño como la edad pueden duplicarse en su lugar nativo y en donde las condiciones sean óptimas.

Sobre su mala fama: sí se caen con cierta facilidad, por la altura y las raíces tan superficiales, también es cierto que producen sustancias que limitan el crecimiento de otras plantas y que consumen mucha agua, pero estas características las desarrollaron para competir y sobrevivir en un ambiente difícil como el australiano.

En todo relato tiene que haber un villano; y en la historia arbórea de la CDMX le tocó a estos gigantes.

Eucalyptus spp.



Longevidad:
hasta 100 años

Altura:
hasta 40 m

Diámetro: hasta 2 m



Palmera canaria

Pocas veces tenemos la oportunidad de ver la historia pasar frente a nosotros, y la muerte masiva de las palmeras canarias —en particular de la que estaba en la Glorieta de la Palma— la pudimos observar y documentar.

Las palmeras canarias son de las más plantadas a nivel internacional por su tamaño y longevidad, alcanzan hasta 1 m de ancho, 30 m de altura y fácilmente sobrepasan los 100 años de vida (en óptimas condiciones, incluso llegan hasta los 200), pero sobre todo por ser la palmera con más hojas en la fronda. Son originarias de las Islas Canarias y están estrechamente emparentadas con las palmeras datileras.

Se popularizaron en Niza, en el sur de Francia, y en otras ciudades de la costa mediterránea durante la segunda mitad del siglo XIX. De ahí saltaron a Estados Unidos, donde se convirtieron en uno de los íconos de la ciudad de Los Ángeles. En México, su introducción fue a inicios del siglo XX, durante el Porfiriato, siguiendo las modas internacionales, pero fue en la década de los años 1930 y 1940 cuando se convirtió en la especie característica de colonias que en

ese momento se estaban desarrollando, como la Narvarte y Polanco.

La idea de traer palmeras a la CDMX ocurrió luego de un viaje de diplomáticos mexicanos a Los Ángeles, se fueron asociando a un estilo arquitectónico conocido como neocolonial californiano. Aún podemos ver las plantaciones masivas de palmeras en avenidas como Dr. Vértiz, Diagonal San Antonio y Las Palmas. Nos dejaron un paisaje que caracterizó a la ciudad por décadas.

En los últimos años una epidemia causada por distintos microorganismos como hongos y fitoplasmas arrasó con la mayor parte de las palmeras canarias de la ciudad. Aunque esto se detectó desde el 2013, fue hasta el 2022, con la muerte de la Palmera de Reforma, una de las más viejas de las que se tiene registro en la ciudad —con una edad aproximada de 115 años— cuando la noticia y la epidemia explotaron. Ya era muy tarde y la reacción fue muy lenta, el destino de las palmeras estaba sellado: muchas murieron y, con ellas, un paisaje y un momento de la historia arbórea de CDMX.





Ficus

¿Quién no ha visto un árbol hecho casita, bolita, cubo o hasta figuras abstractas que rayan en el arte conceptual? O a veces en el “mal gusto”, por decirlo de otra manera. Este estilo se conoce como poda topiaria y la especie más utilizada para hacerla son los *ficus*.

Nativos de las selvas tropicales del sudeste asiático, los *ficus* se convirtieron en uno de los árboles más populares en los últimos 40 años debido a su tolerancia a este tipo de podas, pero también por ser árboles inmensos que pueden vivir hasta 80 años, alcanzar alturas de hasta 20 m y diámetros de 1 m de ancho en la ciudad, donde sus copas nos dan una sombra bien rica. En zonas tropicales desarrollan raíces aéreas que aumentan el tamaño del tronco, o incluso que se convierten en nuevos troncos y ayudan a sostener las ramas y la copa. Pero tanta belleza a veces lleva su lado negativo, y en el caso de los *ficus* esta consta de raíces tan grandes y fuertes que levantan cimientos y tapan tuberías como si de una actitud rebelde se tratara.

Aunque la infraestructura se repara, casi siempre para hacerlo se le cortan raíces al árbol y esto influye en su salud y estabilidad. En situaciones más drásticas, los *ficus* terminan talados para componer una simple banqueta.

Emparentados con las higueras, los hules y los amates, con flores nunca visibles, únicamente son polinizados por avispas diminutas que se meten a los higos (llamados botánicamente siconos) cuyo ciclo de vida está tan ligado a los árboles, que nacen y se reproducen dentro de los frutos.

Esta simbiosis y tipo de reproducción es tan característica de estos árboles, que *ficus* en latín significa “higo”. Los ejemplares del árbol en la ciudad suelen estar llenos de aves que se alimentan de sus frutos.

Los *ficus* son de los árboles más polémicos, poco recomendados por su gran tamaño y la fuerza de sus raíces, pero muy queridos por su sombra y formas curiosas. Han pasado a formar parte de la identidad de la CDMX y, a pesar de todas las recomendaciones, seguirán siendo plantados.

Ficus benjamina





Tepozán

No hay árboles feos, pero en la ciudad tenemos a los tepozanes. Y no, no es que haya algo malo en ellos, pero se les asocia a sitios perturbados: crecen en techos, entre escombros y en lugares abandonados. Y bueno, también hay otras razones que, vistas desde la perspectiva de alguien que no convive mucho con la naturaleza, hace que sean árboles poco apreciados; tanto que, a pesar de ser nativos de CDMX y crecer prácticamente por todos lados, realmente son poco comunes en banquetas y en parques.

Son mal vistos porque dicen que se llenan de gusanos, que tiran mucha hoja, que son una plaga, que son maleza, y todo es cierto. Pero desde otra perspectiva, todas son características que lo hacen uno de los mejores árboles que podríamos tener.

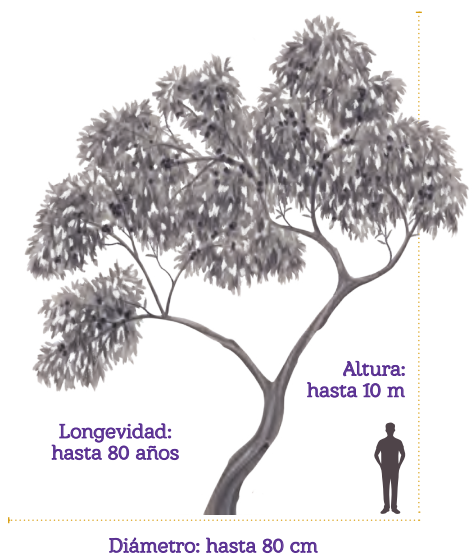
Son un imán de polinizadores y a muchas larvas de insectos les gusta alimentarse de las hojas de los tepozanes; pero atraer más insectos también

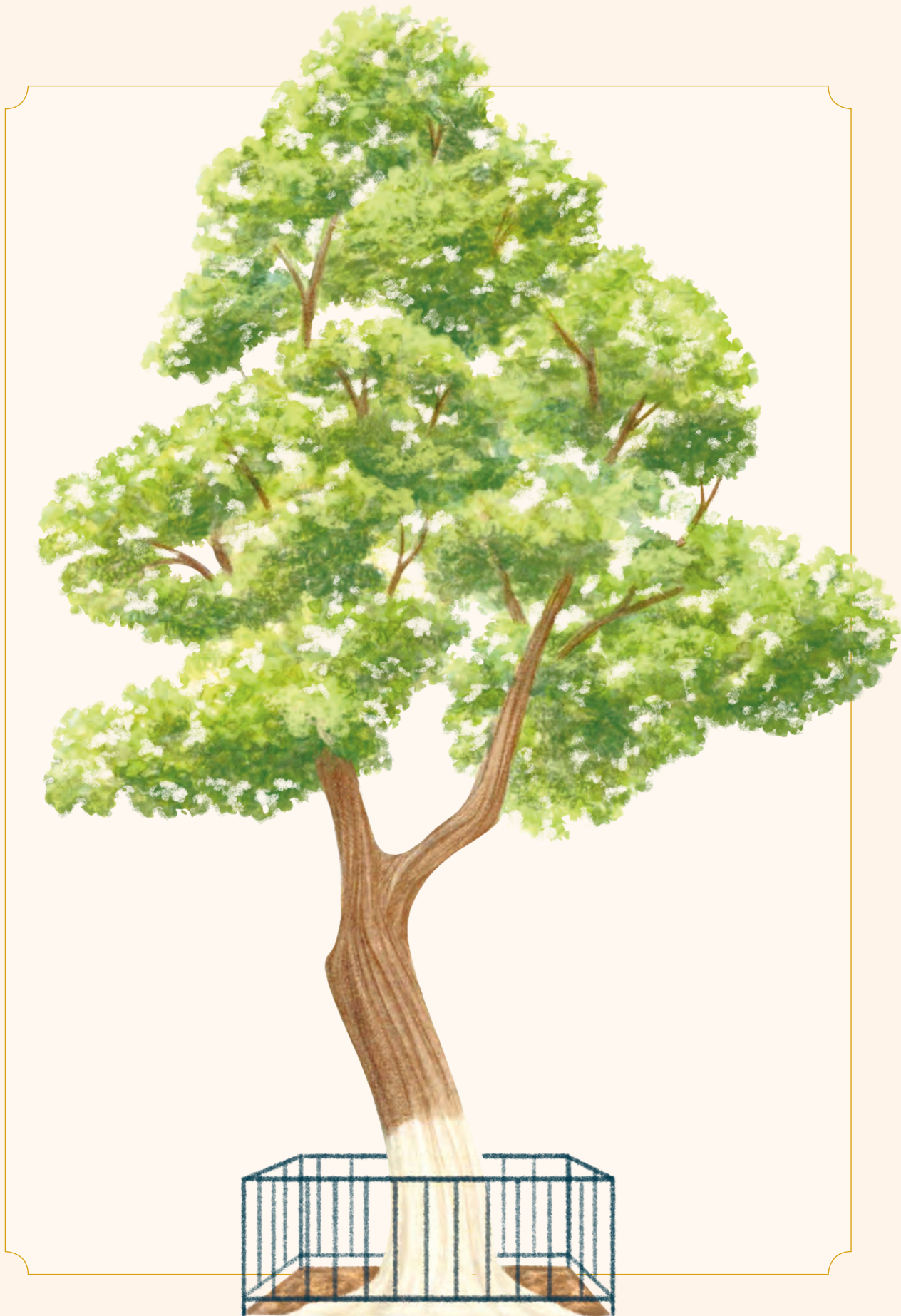
significa atraer más aves. Tiran muchas hojas, sí, pero estas se degradan y funcionan como abono que alimenta y mejora el suelo.

Crecen por todos lados en la ciudad, lo que nos habla de que son árboles resistentes a las condiciones urbanas, a la contaminación y a la sequía. Entonces, todo eso que se les ve de feo, visto desde otra perspectiva se refiere a un árbol ideal para funcionar en la ciudad: atrae a polinizadores, sostiene mucha biodiversidad, resiste las condiciones ambientales y la contaminación, y ayuda a la regeneración del suelo. Son árboles medianos que alcanzan alturas máximas de 10 m en la ciudad, su ancho puede ser de hasta 80 cm y pueden vivir unos 80 años.

Los tepozanes podrían ser árboles muy populares, comunes en la ciudad por su resistencia y tenacidad y sus aportes al ecosistema, pero les tocó crecer en lugares feos y los terminamos juzgando mal.

Buddleja cordata





Fresno

Antes de que las jacarandas domi- naran el gusto público, estuvo un árbol que ha acompañado a la ciudad desde su fundación: desde hace más de 400 años ha sido el más plantado.

La primera mención que existe sobre los fresnos fue en la creación de la Alameda Central, cuando los álamos con los que se pretendió engalanar este parque no prosperaron y mejor se optó por una especie que sí lo hiciera. En siglos posteriores, el fresno se convirtió en el árbol por excelencia de los paseos y calzadas novohispanas; y en los siglos XIX y XX fue plantado masivamente por toda la ciudad.

Los fresnos más viejos y grandes de CDMX están en Chapultepec, Tlalpan y Coyoacán, donde encontramos ejemplares patrimoniales de aproximadamente 150 años.

Son árboles nativos del centro del país y crecen en lugares de mucha

humedad. Su rápido crecimiento, sus dimensiones de hasta 30 m de altura y diámetros que pueden llegar casi a los 2 m, y que pueden vivir hasta 200 años, los convirtieron en el árbol ideal en el gusto del siglo XIX. En ese entonces, cuando las temperaturas eran más frías, los fresnos incluso se teñían de colores amarillos durante el otoño, fenómeno cada vez más escaso.

Las altas temperaturas y las lluvias irregulares están teniendo un impacto en la salud de estos árboles. Los fresnos han sido afectados por plagas como el muérdago y barrenadores que están arrasando con los del poniente de la ciudad, aprovechándose de la debilidad de estos árboles sedientos y acalorados. Aunque estas plagas no van a acabar con ellos, sí pueden llegar a matar a muchos ejemplares históricos y a un paisaje que ha caracterizado a la CDMX durante siglos.

Fraxinus uhdei



Longevidad:
hasta 200 años

Altura:
hasta 30 m

Diámetro: hasta 2 m

Ahuehuete

El árbol más importante para la ciudad y el país es el ahuehuete. Según la leyenda, fue bajo un ejemplar de esta especie que lloró Hernán Cortés tras ser derrotado por los mexicas; en un ahuehuete de Chalma, las personas danzan o dejan mandas en agradecimiento; y uno de Oaxaca, llamado El Tule, es el árbol más grande y famoso de México. Por algo es el árbol nacional desde 1921.

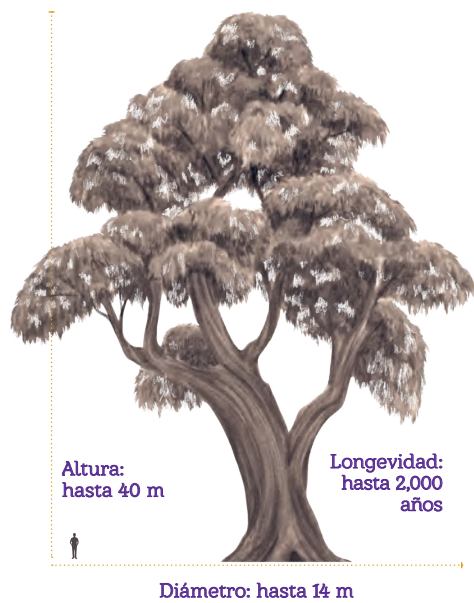
A esta especie se le reconoce entre los árboles patrimoniales, por su importancia histórica y cultural. Algunos de ellos, como el Ahuehuete de Santa Catarina en Azcapotzalco y el Sabino de San Juan en Xochimilco superan los 500 años de edad y se sabe que su plantación fue simbólica para conmemorar episodios importantes de la historia prehispánica. Estos dos árboles son los más monumentales de CDMX, pero hay varios de más de 100 años en distintos puntos que se han convertido en íconos locales.

Los ahuehuetes fueron considerados sagrados por los mexicas debido a su grandeza, longevidad y a que crecen junto a fuentes de agua dulce o manantiales. Hay mitos que mencionan que los manantiales fueron creados gracias

a los ahuehuetes; y todavía existen lugares de México donde se danza alrededor de las iglesias con ramas de este árbol para pedir por las lluvias y que termine una sequía.

Aunque ya hay pocos ahuehuetes sagrados, alguna vez existieron más, que murieron por la sobreexplotación y contaminación de los cuerpos de agua o por el desvío de los caudales. Este fue el caso de los de Chapultepec y Texcoco, que fueron plantados por Nezahualcóyotl y Moctezuma.

Los ahuehuetes son coníferas que pertenecen a la familia de los cipreses y las secuoyas. Pueden vivir hasta 2,000 años y alcanzar diámetros de hasta 14 m y alturas de 40 m, como en el caso excepcional de El Tule. Por lo general viven alrededor de 1,000 años, y tienen diámetros de 2 a 3 m. Estas dimensiones tan impresionantes, junto con su longevidad contribuyeron a crear mitos, leyendas y a sentir la admiración que todavía les tenemos. Quedan pocos de los que alguna vez se pudieron contemplar en Chapultepec o en las orillas de ríos y lagos, pero los seguimos queriendo de la misma manera que se ha hecho durante más de 500 años.



Árboles patrimoniales chilangos

Texto y fotos: Edgar Segura, Chío Sánchez y Natyelly Meneses

El primer ahuehuete de Tenochtitlán, otro plantado por el último tlatoani mexica, y Laureano, un laurel rescatado por vecinos, forman parte de los 12 nuevos árboles patrimoniales de CDMX, que se suman a Eugenio, un fresno reconocido en 2024. Son ejemplares con más de 100 años de vida, algunos con hasta 700. El gobierno capitalino les otorgó esta distinción por su valor histórico, ambiental y cultural. Han sido testigos de la historia y, en muchos casos, son símbolos de la resistencia a la invasión urbana.



1. ANTIGUO AHUEHUETE, MONUMENTO NATURAL DE TACUBA

Sobre Marina Nacional, cerca del Metro Tacuba, vive un ahuehuete monumental. A su alrededor, vendedores ambulantes usan su jardinería como aparador. En su base se acumulan tierra, hierba y basura, y algunas de sus ramas rozan cables eléctricos. En Google Maps hay reseñas sobre él: “Este ahuehuete es más grande que el de la Noche Triste”, y algunos lo describen como “el monumento natural más antiguo y hermoso del barrio de Tacuba”. Testigo del tráfico y la vida cotidiana, resiste entre el caos urbano.

Especie: Ahuehuete (*Taxodium mucronatum*)
Altura: 22 metros
Edad: Desconocida

Marina Nacional, esquina Golfo de Bengala, Tacuba, Miguel Hidalgo



2. AHUEHUETE OCULTO EN LA PLAZA SAN FERNANDO

En el Jardín San Fernando, en la colonia Guerrero, vive un ahuehuete que pocos conocen. Sin placas ni reconocimiento oficial, este árbol monumental se erige entre basura y da sombra a personas en situación de calle que improvisaron un refugio a sus pies. Aunque no hay fecha exacta de su siembra, se sabe que el jardín fue creado en 1869 sobre el antiguo atrio del Panteón de San Fernando. Hoy, el ahuehuete comparte espacio con fresnos, laureles, truenos y otras especies, y es testigo discreto de la vida en el centro de la CDMX.

Especie: Ahuehuete (*Taxodium mucronatum*)
Altura: 28 metros
Edad: Desconocida

Eje 1 Guerrero, Guerrero, Cuauhtémoc



3. AHUEHUETE DE CHURUBUSCO, TESTIGO DE UNA TRÁGICA BATALLA

Afuera del Museo Nacional de las Intervenciones se encuentra uno de los ahuehuetes más antiguos de la CDMX. Fue testigo de la Batalla de Churubusco, que se llevó a cabo el 20 de agosto de 1847, cuando el entonces Convento de Nuestra Señora de los Ángeles fue convertido en fortaleza militar ante la invasión estadounidense. Hoy, este árbol patrimonial, rodeado por una jardinería de piedra llena de grafitis y cuarteaduras, es punto de reunión de jóvenes que “echan novix”, estudiantes y vecinxs que pasan el rato.

Especie: Ahuehuete (*Taxodium mucronatum*)
Altura: 20.20 metros
Edad: Desconocida

20 de Agosto, esquina Av. del Convento, San Diego Churubusco, Coyoacán



4. AHUEHUETE, EN PIE ENTRE PALMERAS MUERTAS

El Jardín Ramón López Velarde, frente al Centro Médico Nacional Siglo XXI, alberga dos ahuehuetes, uno de los cuales fue declarado árbol patrimonial de CDMX. “Se deben llevar uno o dos años”, comenta uno de los trabajadores del parque. Aunque sigue en pie, el colosal ejemplar tiene muérdago. “Ya lo reporté, pero no sé si han venido a verlo”, añade el jardinero. No es el único con problemas: a su alrededor hay otras especies enfermas o muertas, como las palmeras, de las que solo quedan los troncos.

Especie: Ahuehuete (*Taxodium mucronatum*)
Altura: 27.5 metros
Edad: Desconocida

Cuauhtémoc s/n, entre Huatabampo y Antonio M. Anza, Roma Sur, Cuauhtémoc



5. EL ÁRBOL DEL CENTENARIO EN EL PARQUE ESPAÑA

En la colonia Roma Norte se encuentra un árbol ligado a la historia patria: un ahuehuete plantado el 21 de septiembre de 1921 para conmemorar el centenario de la Independencia de México. Este ejemplar está dentro del Parque España, que también fue inaugurado para celebrar la efeméride. “El Ayuntamiento de México dedicó este ahuehuete como Árbol Centenario”, se lee en una placa grafitada colocada al pie del árbol. Hoy, con 104 años, pocos vecinxs conocen su historia, aunque paseen por ahí todos los días.

Especie: Ahuehuete (*Taxodium mucronatum*)
Altura: 28 metros
Edad: 104 años

Sonora s/n, Roma Norte, Cuauhtémoc (dentro del Parque España)



6. EL VIEJO DEL AGUA: EL GUARDIÁN DE AZCAPOTZALCO

Conocido como el “Viejo del agua”, este ahuehuete de 700 años se encuentra frente a la parroquia de Santa Catarina Mártir, en Azcapotzalco. El 27 de junio de 2025 fue declarado Patrimonio Natural de CDMX por la jefa de Gobierno, Clara Brugada. Su nombre en náhuatl refleja el respeto con el que ha sido venerado por generaciones, quienes lo consideran un guardián sagrado. Aunque protegido por rejas, su corteza guarda basura. Aun así, este sabino sigue siendo un refugio fresco para los vecinxs de la zona.

Especie: Ahuehuete (*Taxodium mucronatum*)
Altura: 27 metros
Edad: 700 años

Calle Central, esquina Tlatenco, Santa Catarina, Azcapotzalco



7. SABINO: EL ABUELO DE UNA COMUNIDAD EN RESISTENCIA

En el barrio de San Juan, Xochimilco, vive Sabino, un ahuehuete de más de 500 años. Se dice que fue un regalo de Cuauhtémoc al pueblo xochimilca por su apoyo en la defensa contra los invasores españoles. En las rejas que lo protegen cuelga un cartel que lo nombra “el abuelo de una comunidad en resistencia”. Ha sobrevivido rayos, temblores y fracturas, por lo que una estructura metálica sostiene una de sus ramas. Aunque su tronco está partido, Sabino sigue en pie, frondoso, verde y lleno de historia.

Especie: Ahuehuete (*Taxodium mucronatum*)
Altura: 24.5 metros
Edad: 504 años

Calle Plazuela San Juan, esquina Sabino, Barrio de San Juan Xochimilco



8. EL FRESNO DE FRANCISO SOSA

Entre el bullicio del barrio de Coyoacán, un fresno pasa casi desapercibido frente a la Iglesia de Santa Catarina, afuera de la Casa de Cultura Reyes Heróles. Este árbol patrimonial se ubica junto a la histórica calle Francisco Sosa, trazada hace más de 400 años. Aunque su tamaño impone, algunxs vecinxs se quejan por las raíces que invaden la banqueta. Estos árboles solían marcar límites de terrenos antiguos. Con el tiempo, varios han sido retirados por plagas o daños, pero este fresno sigue firme.

Especie: Fresno (*Fraxinus uhdei Lingelsh*)
Altura: 26.5 metros
Edad: Desconocida

Francisco Sosa 202, Barrio Santa Catarina, Coyoacán



9. AHUEHUETE DEL RÍO... DE AGUAS NEGRAS

En el barrio de Santa Catarina, en Coyoacán, un ahuehuete sobrevive junto a un canal de aguas negras. Se ubica sobre Callejón del Río, por donde circulan residuos del Río Magdalena mezclados con desagües vecinales. A su alrededor se forma una espuma blanca producto de detergentes y desechos químicos de hogares y negocios. Además, a lo largo del cauce del río, hay árboles muertos, con troncos huecos que sirven como refugio a personas en situación de calle.

Especie: Ahuehuete (*Taxodium mucronatum*)
Altura: 26.6 metros
Edad: Desconocida

Callejón del Río, esquina G. Pérez Valenzuela, Barrio Santa Catarina, Coyoacán



10. EL AHUEHUETE SECO JUNTO AL JOVEN EN UNA GLORIETA DE AZCAPOTZALCO

En el centro de la Glorieta de los Ahuehuetes, en San Juan Tlihuaca, Azcapotzalco, se alza un ahuehuete seco convertido en fuente decorativa. Aunque ya no está vivo, su tronco está rodeado de mosaicos coloridos y señales que advierten no lanzar objetos al pozo. Este espacio público, a 15 minutos del Metro Aquiles Serdán, también alberga un ahuehuete joven de 23 metros, considerado árbol patrimonial de CDMX. La glorieta honra a estos árboles nativos de México, que se cree fueron sembrados en Azcapotzalco como ofrenda a Moctezuma.

Especie: Ahuehuete (*Taxodium mucronatum*)
Altura: 23 metros
Edad: Desconocida

Glorieta de los Ahuehuetes esquina Cuichapa, San Juan Tlihuaca, Azcapotzalco



11. EL ÁRBOL JUARISTA QUE SEMBRÓ PORFIRIO DÍAZ... Y FUMÓ MOTA

El 30 de septiembre de 1910, Porfirio Díaz plantó este ahuehuete en honor a Benito Juárez por el Centenario de la Independencia. Más de un siglo después, el árbol fue testigo de un campamento cannábico junto al Senado de la República, donde durante tres años se fumó y vendió marihuana. Hoy sigue en pie dentro de la plaza Luis Pasteur, actualmente cercada con vallas. Aunque el ejemplar no es precisamente el más alto ni el más viejo, una placa lo reconoce como “el primer árbol conmemorativo en México”.

Especie: Ahuehuete (*Taxodium mucronatum*)
Altura: 24 metros
Edad: 115 años

Insurgentes Sur s/n, Tabacalera, Cuauhtémoc



12. LAUREANO, UN ÁRBOL SALVADO POR LA COMUNIDAD

En la colonia Del Valle, un laurel de la India llamado Laureano fue salvado por la comunidad. Al ver que una obra inmobiliaria amenazaba su copa, vecinos se organizaron: reunieron más de 12 mil firmas, consiguieron un amparo y frenaron la construcción. Hoy, Laureano está sano y libre de plagas, según un dictamen oficial. Listones coloridos rodean su tronco como símbolo del apoyo de la comunidad hacia Laureano. Además, las paredes provisionales que rodean la obra se han convertido en una galería de arte con dibujos, carteles y rótulos en referencia al valor ambiental de los árboles.

Especie: Laurel de la India (*Ficus benjamina*)
Altura: 23 metros
Edad: Más de 100 años

Miguel Laurent 48, Tlacoquemécatl Del Valle, Benito Juárez



13. EUGENIO, EL FRESNO QUE VECINXS SALVARON DE SER TALADO

Eugenio es un majestuoso fresno de más de 150 años y 30 metros de altura, ubicado dentro de un predio en la calle Cerrada de Eugenia, en la Del Valle. Su origen es anterior a la fundación de la colonia y se encuentra en lo que fue el Rancho de Santa Rita, donde vivió el historiador del arte Manuel Toussaint. En 2023, vecinxs organizaron el ‘Euge-Fest’ y consiguieron un amparo para evitar su tala por un proyecto inmobiliario. En 2024, fue declarado Patrimonio Natural y Cultural de la CDMX.

Nombre: Eugenio
Especie: Fresno mexicano (*Fraxinus uhdei Lingelsh*)
Altura: 30 metros
Edad: Más de 150 años

Cerrada Eugenia 28, Del Valle, Benito Juárez

RUMBO AL MUNDIAL 2026

POR: EQUIPO CHILANGO. INFOGRAFÍA: ALAN SANABRIA

¡La cuenta regresiva ya inició! Falta menos de un año para el Mundial 2026, el torneo más grande de la historia, con 48 selecciones y tres países anfitriones: Canadá, EU y México.

La CDMX será sede de cinco partidos, incluido el inaugural en el Estadio Banorte, el cual se identificará como "Estadio Ciudad de México" durante el Mundial 2026.

Para recibir a miles de turistas y aficionadxs, la ciudad se prepara con mejoras urbanas, una nueva ciclovía, más rutas de transporte e iluminación en el Centro Histórico. También habrá actividades culturales y deportivas; y se buscará romper dos récords Guinness. ¡Que empiece la fiesta!

CICLOVÍA LA GRAN TENOCHTITLÁN



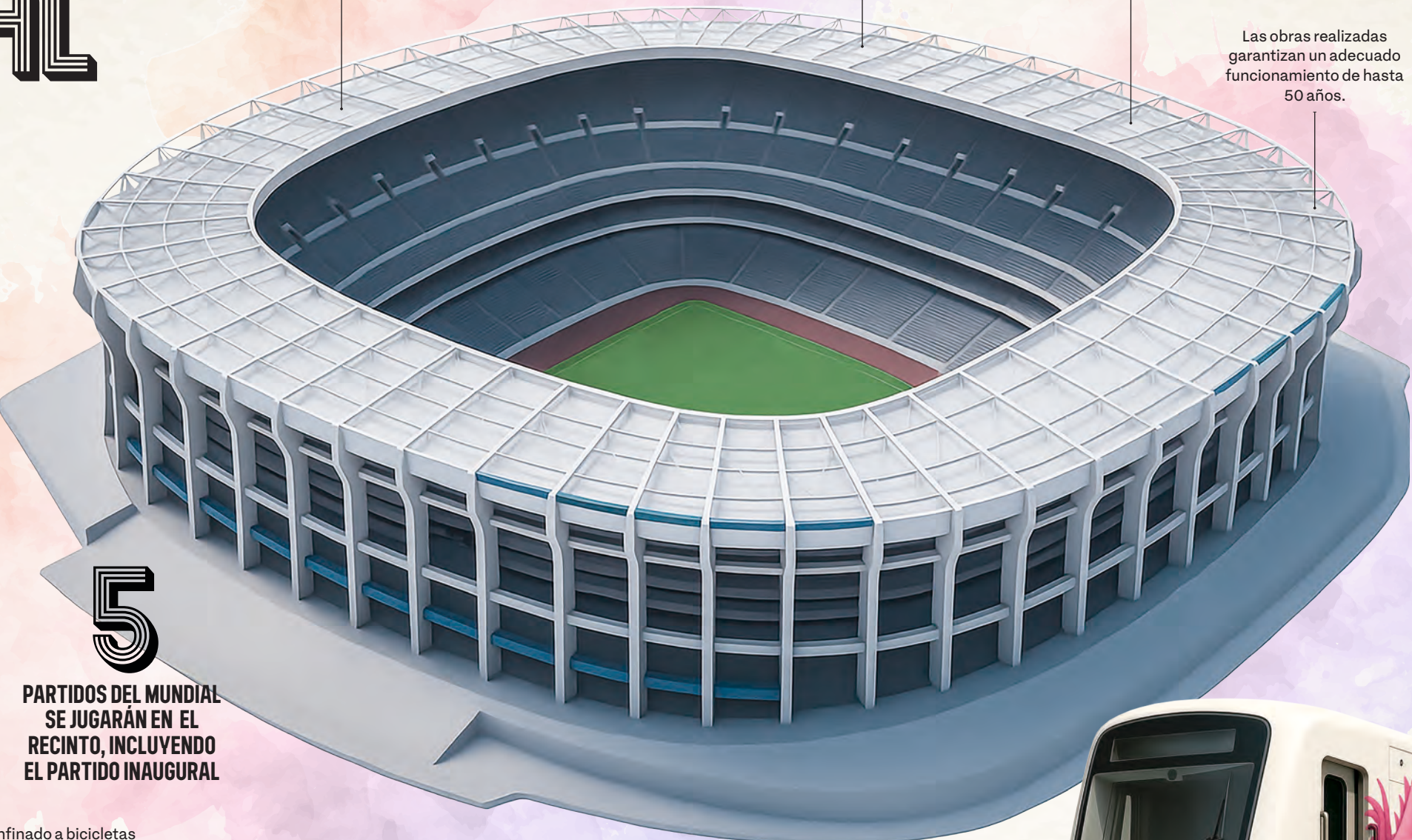
REMODELACIÓN

Durante el Mundial, el Estadio Banorte será conocido como Estadio Ciudad de México debido a la normativa de la FIFA.

Con las remodelaciones, lxs aficionadxs vivirán una mejor experiencia. Además, el recinto también abrirá sus puertas a conciertos.

La reinauguración del estadio será el 28 de marzo de 2026, tres meses antes del inicio del Mundial.

Las obras realizadas garantizan un adecuado funcionamiento de hasta 50 años.



5 PARTIDOS DEL MUNDIAL SE JUGARÁN EN EL RECINTO, INCLUYENDO EL PARTIDO INAUGURAL

OBRAS ALREDEDOR



NUEVA LÍNEA DEL TROLEBÚS
Conectará CU con Huipulco, pasando por el Estadio Ciudad de México. Partirá de la estación Universidad de la L3 del Metro y llegará al Cetram Huipulco.



CASAS ECOLÓGICAS
En 100 casas cercanas al Estadio Ciudad de México se instalarán calentadores solares, colectores de agua de lluvia y huertos urbanos.



CENTROBÚS
Nueva línea de autobuses eléctricos que recorrerá lugares emblemáticos del Centro Histórico.



COYOSAURIA
Nuevo parque temático de dinosaurios en CDMX con actividades gratuitas para niñxs. Estará en Santa Úrsula, Coyoacán.

TREN LIGERO

Se sumarán 17 trenes de doble vagón a la flota, para transportar hasta 420 mil pasajeros al día. Con esta ampliación, se duplicará la capacidad de transporte en la ruta que va de Xochimilco a Taxqueña.



Cada convoy estará ilustrado con ajolotes en tonos magenta, sobre un fondo beige decorado con flores de colores vivos.

El Ajolote será la nueva imagen de estas unidades.

PÓSTER OFICIAL

El cartel incluye diversos elementos icónicos de la cultura mexicana.



Volcanes

Ángel de la Independencia

Palacio de Bellas Artes

Estadio Ciudad de México

Ajolote

Luchador



El diseñador gráfico e ilustrador Mario Cortés Cuemanche es el autor del póster.

LA COPA DEL MUNDO

El trofeo representa a dos figuras humanas sosteniendo la Tierra, como símbolo de la universalidad del fútbol.

Está hecho en oro de 18 quilates y tiene una base compuesta por dos anillos concéntricos de malaquita, una piedra color verde intenso.



Fue diseñado por el escultor italiano Silvio Gazzaniga en 1971.

Pesa aproximadamente 6.1 kg, mide 36.8 cm de alto y su base tiene un diámetro de 13 cm.



MONEDA CONMEMORATIVA

El Banco de México lanzará 9 monedas con diseños alusivos a la Copa del Mundo. Se emitirán tres monedas de oro, tres de plata y tres bimetálicas, con diferente denominación.



Los diseños deberán plasmar la riqueza cultural de México, la pasión deportiva y el orgullo nacional.

Denominaciones:
Oro: \$25
Plata: \$10
Bimetálicas: \$20

EN BUSCA DE ROMPER DOS RÉCORDS GUINNESS

CLASE MASIVA DE FUTBOL

Se realizará en enero de 2026, cinco meses antes del inicio del Mundial.

LA OLA MÁS GRANDE

El reto será alinear a suficientes personas para formar una hilera que se extienda desde el Zócalo hasta el Estadio Ciudad de México para hacer una ola.



La ola se popularizó durante el Mundial de 1986. Aunque se dice que su origen fue en Canadá o EU, fue gracias a la afición mexicana que se convirtió en un fenómeno global.

VOLUNTARIADO



Lxs voluntarixs podrán participar en actividades como apoyar en la logística de los estadios, asistir a medios de comunicación, portar banderas e incluso conocer a leyendas del fútbol.



MUNDIALES SUMARÁ MÉXICO COMO ANFITRIÓN CON EL DEL 2026





LOS JUEGOS DEL HAMBRE

PEDRO REYES

IG: @PITERPUNK

Memorias de un abuelo psicodélico

Hubo una época en la que existió un restaurante distinto a todos. Cuando la Santa María la Ribera apenas advertía las migraciones que se avecinaban desde las colonias venidas abajo después de aquel histórico 2025: el de las marchas, los coros xenofóbicos y los aranceles. Irónicamente, aquel paraje fue conceptualizado y creado por extranjeros; gente que visiblemente había andado por el mundo y que desembarcó en México con la bandera de la supervivencia y no la del conquistador. Contrario a la noción del restaurante atendido por mexicanos y diseñado para dar servicio al gringo de ocasión, aquellos foráneos —encabezados por un cocinero argentino— montaron un concepto radical para servir a los vecinos y a quienes se atrevieran a cruzar el umbral de la Ribera de San Cosme. Nunca fueron muchos los que hicieron el viaje que los sacara de la zona de confort, pero tampoco faltó el comensal que entendía la existencia de un restaurante diferente, imposible de explicar, pero franco, sabroso y divertido. Ante la ineludible necesidad de categorizar el tipo de espacio, Nicolás López, el autor de esta demencia, lo llamó “cantina de abuela psicodélica”.

Sobrevolando la gran mesa de trabajo desde donde salían los platillos de Pink Rambo, se encontraba el primer choque cognitivo con el que se topaban todos aquellos que esperaban un bistró con mesas color olivo y música de Poolside: un cristo rubio y de espaldas, ejercitándose en *shorts*, libre de ataduras. Antes de que Pink Rambo abriera sus puertas, ese cristo ya estaba ahí, como un

manifiesto de libertad absoluta. La propuesta visual y sonora se construía a partir de neones en rosa iluminando muros de concreto y una alta dosis de *funk* y electrónica de la que los vecinos nunca se quejaron. Por el contrario, parecían celebrarlo. Alguien le estaba poniendo onda al rumbo. Recuerdo aquella pareja que iba con su hija los domingos de *brunch* a comer pollo frito y beber negronis. Eran vecinos de la zona que salían ya pedones a esperar la llegada del lunes. Eso era un restaurante de barrio. Pero también era más. Era su cocina: irreverente pero pensada, y ejecutada con alto nivel de obsesión. Como ese pinche taco de aguacate con cebolla y *shiso*, y la ensalada más sencilla pero más perfecta que he comido. Esa, como decía Diego, no podía faltar. Tampoco faltaban las empanaditas de carne como las que probé en julio de 2022 en Salta —tierra natal de Nico— antes de bajarme una botella de fernet con Lulú Martínez y Alfredo Villanueva. Precisamente Alfredo se solía expresar de la propuesta de Nico como “cocina que no pretende gustarle a todos y por eso funciona; resultado de años de calle, fogón y viaje, pero con una claridad brutal: sabores profundos, técnica sin alarde y cero *bullshit*”. Mención honorífica, desde luego, para el mejor flan de dulce de leche que la Ciudad de México ha visto jamás.

No sé cuándo cerró Pink Rambo o si sigue abierto, pero ustedes jóvenes que andan por ahí, leyendo esto en pleno 2025, déjense de cosas, enderecen la avioneta, y apunten hacia el número 66 de la calle Cedro, en la —aún immaculada— Santa María la Ribera.



TARDES YA

ALAÍDE VENTURA MEDINA

X: @AMIGUIZ

Estamos hablando de árboles

En Japón habitan los *hibakujumoku*, “bombardeados”, árboles que sobrevivieron a las explosiones atómicas.

En la CDMX habitan árboles que han sobrevivido al monóxido de un millón de escapes, al aceite quemado de las taquerías, al encementado de sus raíces, a la desecación orquestada por el cartel inmobiliario, al muérdago y al escarabajo, a las podas sanitarias mal ejecutadas, al polémico encalado antiplagas, a los forros de crochet, al puntillismo hecho de chicles, al peluqueado en forma de paloma, casita, minion, helicóptero. Son nuestros *hibakujumoku*, resistentes a todo: el aguacate del parque Las Américas, la ceibita de Xola, el guayacán de la Postal. Nacidos y criados en el valle de Anáhuac, traídos de lejanos parajes, acaso obligados a venir.

Los *hibakujumoku* interesaron a Stefano Mancuso, promotor de la inteligencia vegetal. Para él, árboles y plantas pueden prever y superar problemas; su cerebro está diseminado en terminaciones y sustancias. Resuelven, y lo primero que resuelven es cómo sobrevivir.

Algunas tácticas vegetales, dice, son homologables a las conductas animales. Las plantas cuentan con sus propios sentidos de detección: huelen, ven, sienten, y escuchan. Quien las haya cultivado en interior sabrá que se bifurcan para no enredarse y que eligen una maceta favorita. Quien haya visitado la CDMX sabrá que las astronómicas y las nochebuenas se mandan solas y

deciden cuándo y cómo regalarnos su floración. Más allá de la cursilería, las plantas avisan a otras de potenciales peligros, conforman colonias adentro y afuera de la tierra y alteran la química propia y comunitaria.

Y desarrollan herramientas para salirse con la suya. Utilizan colores y aromas para atraer polinizadores y dispersores de semillas; seducen a los animales. En su particular lenguaje nos susurran: *cuídame, soy bonita. Come mi fruta, te hará feliz. Escupe mis huesos para que haya más de mí. Llévame contigo, siémbrame donde puedas verme, tenerme, propagarme, propagandearme.*

El impulso expansionista de la vida es irrefrenable, dice Mancuso, no podemos confinarla en fronteras. Clasificar a una especie como invasora sería de una arrogancia absoluta. ¿A los cuántos años se considera que un trasplante se ha integrado al entorno? ¿A las cuántas generaciones podemos hablar de nativización, arraigo, simbiosis? Los sujetos forestales migrantes, ¿a las cuántas cosechas adquieren derechos?

Árboles, estamos hablando de árboles que toleran condiciones estresantes, que se desplazan largas distancias, que priorizan a sus vástagos, que construyen redes subterráneas, que se arriesgan a colaborar con depredadores, que producen alimento, que construyen y limpian, que trabajan por un lugar en la cadena.

Árboles inteligentes, bombardeados.

Hibakujumoku.

Chilango

revista